

# EL ÁRBOL DE LAS BRUJAS



# RAY BRADBURY

EL ÁRBOL DE LAS BRUJAS

minotauro

Título original:  
*The Halloween Tree*

© 1972, renewed 2000 by Ray Bradbury  
© Traducción de Matilde Horne

© Editorial Planeta, S. A., 1978  
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edicionesminotauro.com

ISBN: 978-84-450-0720-4  
Depósito legal: B. 17.032-2019

Preimpresión: María García

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

*Con amor para*  
MADAME MAN'HA GARREAU-DOMBASLE  
*a quien conocí hace veintisiete*  
*años a medianoche*  
*en el cementerio de la Isla*  
*de Janitzio en el*  
*lago Patzcuaro,*  
*México, y recordada*  
*en todos los aniversarios*  
*del Día de los Muertos*



La Fiesta de las Brujas.

Disimulo. Gatos que caminan de puntillas. Sigilo y cautela. Pero ¿por qué? ¿Y para qué? ¡Cómo! ¿Quién? ¡Cuándo! ¿Dónde en verdad empezó todo?

–No lo sabéis, ¿no? –pregunta Carapacho Clavícula Mortajosario emergiendo de una pila de hojas bajo el Árbol de las Brujas-. ¡En verdad no lo sabéis!

–Bueno –le responde Tom el Esqueleto–, humm... no.

Fue...

¿En Egipto cuatro mil años atrás, en el aniversario de la gran muerte del sol?

¿O un millón de años antes, junto a las hogueras nocturnas de los hombres de las cavernas?

¿O en la Bretaña Druida al son del Sssssbummm de la guadaña de Samhain?

¿O entre las brujas, en toda Europa..., multitudes de arpías, hechiceras, magos, demonios, diablos?

¿O sobre los techos de París, cuando criaturas extrañas se convertían en piedra y alumbraban las gárgolas de Notre Dame? ¿O en México, en los cementerios desbordantes de velas encendidas y de muñequitos de caramelo en el Día de los Muertos? ¿O *dónde*?

Mil sonrisas calabaceras se asoman desde el Árbol de las Brujas y más de dos mil ojos torvos y mordaces guiñan y parpadean con miradas frescas recién cortadas mientras Mortajosario guía a los ocho muchachos –no, *nueve*, pero ¿dónde *está* Pipkin?– que llaman a todas las puertas diciendo prenda-o-premio en una travesía de arremolinada hojarasca, de cometa voladora, de escalamuros, cabalgando en un palo de escoba para descubrir el secreto de la Noche de las Brujas, la Víspera de Todos los Santos.

Y lo consiguen.

–Bueno –pregunta Mortajosario al final del viaje–. ¿Qué fue: una prenda o un premio?

–Premio y prenda –concierdan todos.

Y tú también estarás de acuerdo.



# 1

Era un pueblo pequeño junto a un río pequeño y un lago pequeño en un rincón septentrional de un estado del Medio Oeste. No había alrededor tanta espesura como para que no se viera el pueblo. Pero por otro lado tampoco había tanto pueblo como para que no se viera y sintiera y palpara y oliera la espesura. El pueblo estaba lleno de árboles. Y pasto seco y flores muertas ahora que había llegado el otoño. Y muchas cercas para caminar por encima y ace-  
ras para patinar y una cañada donde echarse a rodar y llamar a gritos a los del otro lado. Y el pueblo estaba lleno de...

Chicos.

Y era la tarde de la Noche de las Brujas.

Y todas las casas cerradas contra un viento frío.  
Y el pueblo lleno de fríos rayos de sol.

Pero de pronto el día se fue.

De abajo de todos los árboles salió la noche y tendió las alas.

Detrás de las puertas de todas las casas hubo un

correteo de patitas ratoniles, gritos ahogados, parpadeos de luz.

Detrás de una puerta, Tom Skelton, de trece años, se detuvo y escuchó.

Afuera, el viento anidaba en los árboles, merodeaba por las aceras con pisadas invisibles de gatos invisibles.

Tom Skelton se estremeció. Cualquiera podía saber que el viento de esa noche era un viento especial, y que en las sombras había algo especial, pues era la Víspera del Día de Todos los Santos, la Noche de las Brujas. Todo parecía ser de suave terciopelo negro, o terciopelo anaranjado o dorado.

El humo salía jadeando desde miles de chimeneas como penachos de cortejos fúnebres. De las ventanas de las cocinas llegaban flotando dos aromas de calabazas: el de las calabazas huecas y el de los pasteles en el horno.

Los gritos detrás de las puertas cerradas de las casas se volvieron más exasperados cuando sombras de muchachos volaron junto a las ventanas.

Chicos a medio vestir, las mejillas empastadas de pintura; aquí un jorobado, allá un gigante de mediana estatura. Continuaba el saqueo de desvanes, el ataque a viejas cerraduras, el despanzurramiento de vetustos baúles en busca de disfraces.

Tom Skelton se puso sus huesos.

Sonrió burlón al mirarse la columna vertebral, las costillas, las rótulas cosidas en blanco sobre lienzo negro.

«¡Qué suerte! –pensó–. ¡Menudo nombre que te tocó! Tom Skelton. ¡Fantástico para el Día de las

Brujas! ¡Todos te llaman Esqueleto! Y entonces ¿qué te pones?»

*Huesos.*

*Buuuum.* Ocho puertas de calle cerradas de golpe. Ocho muchachitos ejecutaron una serie de hermosos saltos por encima de tiestos, barandillas, helechos muertos, arbustos, y aterrizaron sobre el césped seco y almidonado de los jardines. Galopando, atropellándose, se apoderaban de una última sábana, ajustaban una última máscara, tironeaban de extraños sombreros hongo o pelucas, gritando por cómo los llevaba el viento, cómo los ayudaba a correr; felices en el viento, o soltando maldiciones infantiles cuando las máscaras se les caían o se les torcían o se les metían en las narices con un olor a muselina, como el aliento caliente de un perro; o sencillamente dejando que la pura alegría de vivir y de estar fuera de noche les colmara los pulmones y les formase en las gargantas un grito y un grito y un... ¡griiitooo!

Ocho muchachos chocaron en una esquina.

–Aquí estoy yo: ¡Bruja!

–¡Hombre-Mono!

–¡Esqueleto! –dijo Tom, muerto de risa dentro de sus huesos.

–¡Gárgola!

–¡Mendigo!

–¡El Señor La Muerte en Persona!

¡Pum! Se sacudieron quitándose de encima los golpes, confundidos en un alboroto de felicidad bajo el farol de la esquina. La oscilante lamparilla eléctrica se mecía al viento como la campana de una

catedral. Los adoquines de la calle se transformaron en el entarimado de un barco ebrio escorado y hundido en la sombra y la luz.

Detrás de cada máscara había un chico.

–¿Quién es ese? –señaló Tom Skelton.

–No lo diré. ¡Secreto! –gritó la Bruja, disimulando la voz.

Todos se rieron.

–¿Quién es ese?

–¡La Momia! –gritó el niño envuelto en viejos lienzos amarillentos, como un inmenso cigarro que se paseaba por las calles anochecidas.

–¿Y quién es...?

–¡No hay tiempo! –dijo Alguien Oculto Detrás de Otro Misterio de Muselina y Pintura–. ¡Premio o prenda!

–¡Sí!

Chillando, gimoteando, desbordantes de una alegría macabra, correteaban en todas partes menos en las aceras, saltando por encima de los arbustos y casi cayendo sobre perros que escapaban aullando.

Pero en mitad de las carreras, las risas, los ladridos, de pronto, como si una gran mano de noche, viento y olor de algo raro los detuviese, todos se detuvieron.

–Seis, siete, ocho.

–¡No puede ser! Cuenta otra vez.

–Cuatro, cinco, seis...

–¡Teníamos que ser *nueve*! ¡Falta alguien!

Se husmearon unos a otros, como bestias asustadas.

–¡No está Pipkin!

¿Cómo lo supieron? Todos estaban escondidos detrás de las máscaras. Y sin embargo, y sin embargo...

Podían *sentir* la ausencia de Pipkin.

–¡Pipkin! En un zillión de años nunca ha faltado a la Noche de las Brujas. Qué horror. ¡Vamos!

En un amplio movimiento de abanico, un trotecito y un meneo perruno, dieron una vuelta entera y se alejaron por la calle empedrada, barridos como hojas en el principio de una tormenta.

–¡Aquí está la casa de Pipkin!

Se detuvieron frenando. Allí estaba la casa de Pipkin, pero no había bastantes calabazas en las ventanas, ni bastantes barbas de maíz en el porche, ni bastantes fantasmones espiando por el vidrio oscuro desde la alta buhardilla.

–Diantre –dijo uno–. ¿Y si Pipkin está enfermo?

–No sería Noche de Brujas sin Pipkin.

–No sería Noche de Brujas –gimieron a coro.

Y uno de ellos arrojó una manzanita ácida a la puerta de Pipkin. Se estrelló con un ruidito apagado, como si un conejo pateara la madera.

Esperaron, entristecidos sin razón, perdidos sin razón. Pensaban en Pipkin y en una Noche de Brujas que podía convertirse en una calabaza podrida con una vela apagada si, si, si... faltaba Pipkin.

Vamos, Pipkin, ¡ven y *salva* la Noche!



## 2

¿Por qué esperaban a un chiquillo, por qué temían por él?

Porque...

Porque Joe Pipkin era el chico más extraordinario que hubiera existido jamás. El mejor; cuando se caía de un árbol se reía de la broma. El más generoso; cuando corría alrededor de la pista e iba ganando, viendo a sus amigos rezagados allá lejos, a un kilómetro de distancia, trastabillaba y se dejaba caer, esperaba a que lo alcanzasen, y luego todos juntos, codo con codo, rompían la cinta de llegada. El más divertido; siempre descubría las casas embrujadas del pueblo, difíciles de encontrar, y regresaba a darles la noticia y a llevarlos a todos a husmear por los sótanos y a trepar por los muros cubiertos de hiedra y a gritar por los huecos de las chimeneas y orinar desde los tejados, ululando y bailando como chimpancés y aullando como orangutanes. El día que nació Joe Pipkin toda la Naranja Crush y la soda Nehi del mundo burbujearon desbordando en las botellas, y enjam-

bres de abejas alborozadas invadieron las campiñas para picar a las solteronas. En los cumpleaños de Pipkin, el lago se alejaba de la costa en pleno verano, y retornaba con una marea de chiquillos, un corcovo de cuerpos y una rompiente de carcajadas.

En los amaneceres, desde la cama, oías en la ventana el picoteo de un pájaro. Pipkin.

Asomabas la cabeza al aire matutino del estío, límpido como aguanieve.

Allí sobre el césped húmedo de rocío había huellas de conejo, donde un momento antes no una docena de conejos sino solo un conejo había corrido en círculos y zigzagues, jubiloso, exultante, saltando setos, tronchando helechos, aplastando tréboles. Parecía el campo de maniobras de la terminal ferroviaria. Un millón de huellas en el césped, pero no...

Pipkin.

Y de pronto brotaba allí, en el jardín, como un girasol silvestre, carirredondo, arbolado por el sol recién nacido. Los ojos de Pipkin chisporroteaban mensajes secretos en morse.

—¡Date prisa! ¡Está por terminar!

—¿Qué?

—¡El día! ¡Ahora! ¡Seis de la mañana! ¡Zambúllate! ¡Crúzalo!

O:

—¡El verano! ¡El verano! Antes que te des cuenta, ¡bum!..., ¡se ha ido! ¡Pronto!

Y desaparecía como girasol y reaparecía todo cebollas.

Pipkin, oh, querido Pipkin, el mejor y el más adorable.



Cómo podía ser tan rápido, nadie lo sabía. Las zapatillas de tenis de Pipkin eran viejísimas. Verdes de tanto andar por los bosques, parduscas por las viejas caminatas en la siega de setiembre un año atrás, manchadas de alquitrán por las carreras a lo largo de los muelles y las playas donde atracaban las barcas carboneras, amarillentas por los perros negligentes, atravesadas de astillas por trepar a los cercos de madera. Las ropas de Pipkin eran ropas de espantapájaros, que él prestaba a los perros para que pasearan de noche por el pueblo, mordisqueadas en los puños y con marcas de caídas en las asentaderas.

¿El cabello de Pipkin? Un gran erizo de tiasas dagas de color castaño claro que apuntaban en todas direcciones. Las orejas: pura pelusilla de melocotón. Las manos, enguantadas de polvo y del buen olor de los airdales, y la menta, y los melocotones robados en las huertas lejanas.

Pipkin. Una amalgama de velocidades, olores, texturas; un compendio de todos los chicos que alguna vez corrieron, se cayeron, se levantaron, y corrieron de nuevo.

Nadie, a lo largo de los años, lo había visto quieto alguna vez. Era difícil recordarlo en la escuela, en un banco, durante una hora. Era el último en llegar y el primero en salir como una tromba cuando la campana remataba el día.

Pipkin, encantador Pipkin.

Cantaba muy alto con voz de falsete y tocaba la chicharra y odiaba a las niñas más que toda la pandilla junta.

Pipkin, que al tomarte por el hombro, y al secre-  
tearte los grandes proyectos del día, te protegía del  
mundo.

Pipkin.

Dios madrugaba solo para ver a Pipkin salir de  
su casa, como uno de esos personajes de los baró-  
metros. Y siempre hacía buen tiempo donde estaba  
Pipkin.

Pipkin.

Esperaban frente a la casa.

Ahora, en cualquier momento, las puertas se  
abrirían de par en par.

Pipkin saltaría a la calle en una ráfaga de fuego y  
humo.

Y entonces ¡la Noche de las Brujas empezaría *de  
verdad!*

—¡Vamos, Joe, oh, Pipkin —murmuraban—, ¡sal de  
una vez!